

MUSEOS ESCOLARES

El día en que los educadores aceptaron como un axioma la verdad de que los niños deberían ser puestos en presencia de las cosas que estudiarían, quedaron echadas las bases de los primeros museos escolares. Seguir, paso a paso, la evolución de éstos, sería repetir datos y fechas manifestados en publicaciones anteriores, y a los que, a riesgo de lo desagradable que es la indicación de trabajos propios, me permito remitir a los lectores que se interesen en este asunto.

Sigo creyendo que entre los educacionistas modernos, quien ha visto más claro ha sido el americano Brown Goode, uno de cuyos trabajos traduje hace varios años para *El Monitor de la educación común*. Aunque el estudio se refería a los museos en general, sus indicaciones eran tan claras, sus observaciones tan bien hechas, sus consejos tan atinados, su visión social tan amplia, que quien quiera que lo haya leído habrá aprovechado sus enseñanzas.

No quiere decir esto que sean los norteamericanos quienes estén a la cabeza de esta clase de estudios, a pesar del interés con que museos y bibliotecas son fomentados en aquel país, pero sí indica que uno de sus maestros más respetados y uno de sus hombres de ciencia más completos, dió la norma que hoy debemos seguir quienes nos dedicamos a esta clase de especulaciones.

Para Goode : « un museo debe ser una colección de etiquetas (*labels*) hechas en una forma tan clara que hasta los visitantes menos cultos puedan aprovechar su asistencia al museo ». Por

otra parte, daba importancia fundamental a aquellos datos que pudieran ofrecerse al público, en el sentido de despertar iniciativas personales, ya sea sugiriéndole nuevas aplicaciones de leyes y de objetos ya conocidos, o ya sea llevándole paulatina e inteligentemente al conocimiento de leyes, hechos o fenómenos nuevos. Para Goode el museo sería la exposición clara y metódica de cuanto puede ser representado en una « forma visible ».

Esto, desde luego, es general a todos los establecimientos de la misma índole, sean museos escolares o de cualquiera otra orientación.

El problema consistiría, entonces, en aplicar el concepto de « utilidad inmediata » a los museos escolares y sobre todo, de implantar el sistema en el único establecimiento de esta clase existente en el país.

Eso es lo que se ha hecho en tres años de trabajo continuo en el Museo escolar Sarmiento, habiendo contado para ello con el decidido apoyo de las autoridades escolares, entre las que figuran maestros como Gallardo que han dedicado la vida entera al conocimiento y estudio de los fenómenos naturales.

El Museo escolar Sarmiento contaba con un material heterógeno pero que, orientado de cierta manera, podría ser utilizado por los maestros y alumnos de la capital de la república. El primer problema que se presentó fué el siguiente: ¿ maestros y alumnos deberán ir al museo o éste llegará hasta donde aquéllos lo necesiten? Había argumentos de importancia en pro y en contra: si maestros y alumnos iban al museo era preciso ofrecerles, en grandes conjuntos, los elementos necesarios para clases o explicaciones de carácter cíclico, es decir, ponerlos en presencia de una serie completa de hechos, cosas u objetos que pudieran ser apreciados con una sólo mirada de conjunto. Esto exigía tres cosas principales: edificio, material completo y numeroso personal técnico. Faltando cualquiera de estos factores la tentativa tendría que fracasar. Y he ahí que no se contaba con ninguno. Entonces era necesario encarar el problema desde otro punto de vista. Ya que los estudiosos no podían ser recibidos en el museo, éste debería ir en auxilio de los estudiosos. Para ello era preciso desarticular los grandes conjuntos que, en realidad, no existían, y en vez de ofrecer series completas que

abarcasen ciclos científicos, dar los objetos aislados o en pequeños grupos con los cuales el maestro primario y el alumno-maestro pudieran desenvolverse fácilmente.

Otro inconveniente serio para evitar que el público estudiara dentro del mismo museo era que el maestro, colocado de improviso, con todos sus alumnos, en presencia de los objetos de la sala, no podía concentrar la atención de los escolares en objetos determinados, porque la atención del niño flotaba simultáneamente sobre todos. Además, el maestro se hallaría en presencia de cosas que no le serían familiares y de ahí surgirían numerosos inconvenientes.

Ahora bien, ¿cómo podría llevarse el museo a cada escuela? El problema no se resolvería nunca de golpe, porque para ello sería necesario gastar varios millones de pesos hasta que cada escuela tuviera su museo propio; entonces fué preciso adaptarse a las circunstancias, y en vez de soñar con una serie de establecimientos modelo, utilizar lo poco que se tenía de la manera más eficaz.

Se trabajó enérgica y tenazmente, pero con mucho orden. Se pensó en que lo mejor sería convertir el museo en una especie de « diccionario » cuyas páginas sueltas fueran consultadas por quien tuviera necesidad de ellas. Se planearon varias secciones: historia natural: (zoología, botánica y mineralogía), geografía, historia, matemáticas, lecciones de cosas y gabinete fotográfico.

El primer problema se presentó con la primera sección: ¿era necesaria una clasificación técnica, severamente controlada, a base de nombres y clasificaciones en latín, o esto se dejaría en segundo término, dando más importancia a los nombres comunes, a las indicaciones útiles de carácter general, al conjunto de conocimientos simples y claros que exige la escuela primaria? Naturalmente, se optó por esto último. Cada objeto, cada lámina, llevaría indicaciones claras, escritas en lengua vulgar, con palabras comunes, de modo que su lectura no presentara inconvenientes en las aulas primarias. Claro está, que esto no excluyó lo otro, que también se hizo, pero con el criterio que aquí se indica.

En botánica y mineralogía ocurría lo propio. El niño debe conocer antes que nada las especies vegetales o los tipos de

minerales de su país, la aplicación de los mismos, su situación geográfica, su importancia comercial, su utilización industrial, etc., y luego, de una manera menos precisa, las indicaciones de orden exclusivamente científico, referentes a los mismos productos. Además, junto con el objeto, el museo debía dar, en calidad de préstamo, la correspondiente monografía. Y así se hizo.

En *lecciones de cosas* presentábase otro problema que era urgente resolver: ¿se utilizaría el viejo cartel, tipo Deyrolle, que a la vuelta de seis meses queda desteñido en las paredes o se haría uno especial que reuniera la baratura a la facilidad de su manejo y a la posibilidad de sustituirlo con ventaja cada cada vez que fuera necesario? Se optó por este último sistema y se hicieron en la casa varios centenares de cajitas de vidrio y madera (cuyo precio unitario no alcanza a diez centavos) con lo cual quedó resuelto el problema de la ilustración pequeña en las clases de *lecciones de cosas*. Esto tiene la ventaja que la ilustración corre de mano en mano y que puede ser vista y observada individualmente por todos los alumnos de una clase. Cada una de estas cajas va acompañada de su correspondiente monografía, de modo que si un maestro o un alumno solicita elementos para dar una clase sobre la lana, por ejemplo, se le prestarán diez o veinte cajitas — su tamaño y peso no exceden del de un atado de cigarrillos — que contienen diversos tipos del producto y, en algunos casos, el proceso de su elaboración, amén de una monografía, escrita a máquina y bastante completa. A este material se agrega fotografías, recortes de diarios y revistas e indicaciones bibliográficas, manifestando al interesado cuáles son las obras que puede consultar y la biblioteca pública en donde las encontrará.

En geografía se presentaron también varios problemas. El museo poseía una mapoteca de seiscientos ejemplares: dejar aquello en sus salas era propender a que nadie los consultara nunca, aunque de esa manera se conservarían intactos durante treinta o cuarenta años. Lo esencial era prestarlos, aunque se deterioraran, y así se hizo, con un resultado realmente satisfactorio. En cualquier momento un maestro de la capital puede tener el mapa que necesite, que le es prestado por varios días, bajo un recibo renovable. Es claro que el material sufre un poco

con este uso continuo, pero mi hábito de viejo lector me ha hecho mirar con desconfianza libros y aparatos nuevos que suelen ser adorno o material muerto de bibliotecas y gabinetes. Además, la sección geografía se amplió con seis u ocho mil vistas fotográficas ó diapositivos que dan, en proyección, un paisaje de dos metros cuadrados. De este modo se pudieron facilitar a las escuelas de la capital, valiosos elementos de información geográfica.

Finalmente, en historia había poco y lo poco que había era malo. Entonces se empezó a hacer de nuevo. La historia general no puede ni debe ser estudiada como una escueta cronología. Es menester darle vida, mostrar al alumno países, usos, costumbres, tipos humanos, edificios, manera de construirlos, medios de comunicación, de ataque y de defensa, armas, adornos, monedas, etc., para que el alumno comprenda que nuestros antecesores han tenido las mismas necesidades, pasiones, virtudes y defectos que nosotros. Para esto, se puso a contribución el taller fotográfico y se hicieron centenares de diapositivos y postales dando preferencia a estas últimas, ya que un millar de las mismas, impresas, apenas cuesta treinta y cinco pesos. Así se pudo obtener en menos de seis meses colecciones históricas muy buenas, tomando los originales de obras caras, que no están al alcance de los estudiosos. Hoy cuenta el museo con doscientos cincuenta diapositivos y una colección triple de postales sobre el antiguo Egipto, otro tanto sobre Asiria, Caldea, Fenicia, civilización mediterránea, Palestina, amén de ochocientas vistas sobre Buenos Aires antiguo.

En todas las secciones se sigue el mismo procedimiento para alcanzar la misma finalidad, que puede ser resumida en dos palabras: dar al maestro y al alumno todo lo que necesite para la preparación de una o de más clases.

Presentábase también otro problema: ¿nuestro público se habituaría a pedir objetos prestados? En caso afirmativo ¿devolvería los objetos? ¿vendrían éstos en buen estado? Se hizo el ensayo y los resultados no pudieron ser más satisfactorios: en el primer año se facilitaron 4.500 objetos, en el segundo 10.000; en el tercero este número se habrá cuadruplicado.

Viene ahora un renglón que debía ser tenido en cuenta: el

de las roturas, extravíos, etc. Fué satisfactorio comprobar que, sobre 15.000 objetos, se perdieron 8 *tarjetas postales* y se rompieron *quince diapositivos*. Es decir, en dos años, las pérdidas no alcanzaron a quince pesos; en cambio, se había usado un material cuya adquisición costaría muchos miles de nacionales.

He insistido, quizá exageradamente, en el Museo escolar Sarmiento por ser esta la única institución de su género que existe en el país y en la América latina: los del Uruguay, Chile y Brasil tienen otro carácter, no prestan material y responden más al tipo de *museos de educación*, en el sentido de presentar un conjunto de objetos que demuestren la evolución de la ciencia pedagógica.

En Norte América hay algunos establecimientos similares, cuya nómina completa da la Enciclopedia Monroe; pero ni en todos ellos se presta material, ni responden, como el nuestro, a los pedidos de tan gran número de escuelas.

La parte educacional del museo de South Kensington, siendo magnífica como es, más está dedicada a la evocación histórica y tampoco presta su material.

El Museo pedagógico de Francia (París) tiene elementos de inestimable valor, pero en rigor de verdad presta muy poco y sólo da facilidades para la consulta de los libros.

Algunos cantones suizos tienen museos con carácter circulante, pero el trámite administrativo es engorroso y el material escolar más reducido que el nuestro. En lo que se refiere a diapositivos son relativamente pobres, en cambio sus secciones de física y química son buenas, pero hay que hacer la salvedad de que esos elementos no se prestan sino en raras oportunidades.

Los alemanes, antes de la guerra, tenían establecimientos de primer orden, de los que ya me he ocupado otras veces, pero el régimen de los préstamos de material no se había generalizado mucho. Los rusos tenían en Petrogrado, un buen museo de educación. El Japón tiene, en Tokio, uno de los mejores establecimientos del mundo. Italia, España, Suecia, Noruega, Bélgica, Portugal, Holanda, Grecia y Dinamarca tienen establecimientos análogos; pero en ninguno de ellos se facilita el material con la generosidad y con la frecuencia con que lo hace el nues-

tro. Es claro que esto, a la larga, da por resultado la destrucción de muchas cosas que el museo vuelve a comprar con los recursos de que dispone.

Nuestro Museo Sarmiento ha implantado una costumbre, desconocida en otros establecimientos : la de comprar en el acto el objeto que le sea solicitado y que no tenga, siempre que este objeto sea de verdadera utilidad.

Es que se ha partido de la base de que el museo desempeña una función pública y en tal carácter debe ofrecer a los que soliciten su ayuda, el mayor número de facilidades.

En un establecimiento montado así, las visitas o los simples curiosos están demás. La persona que no tiene qué hacer y que por simple curiosidad o para mirar lo que hay adentro llama a las puertas, no sólo pierde su tiempo sino que lo hace perder a los que trabajan. Es que un museo es un sitio de labor y no de simple entretenimiento ; por eso no son deseables las visitas frecuentes de grupos de alumnos que van *solamente a ver*.

Nuestro museo tiene tres catálogos que han sido profusamente repartidos. Todo lo que se enumera en ellos, menos ciertos objetos que por su volumen no pueden ser transportados, se facilita a cualquier persona que acredite su carácter docente.

A pesar de lo que llevo dicho, no creo que nuestro museo sea un establecimiento modelo ni completo : establecimientos de esta índole deben evolucionar continuamente so pena de paralizarse, es decir, de acercarse a la muerte. Al nuestro le faltan secciones importantes, como las de física y química, como la de higiene escolar y como la de historia de la pedagogía. Creo que estas secciones no deberán hacerse con cosas, ilustraciones, objetos o aparatos costosos. El aparato caro suele hacerse respetar en proporción al precio que costó : de ahí esa cantidad de maquinaria virgen que llena los anaqueles de los laboratorios y que sólo sirve para asombrar a los alumnos por el relucir de sus cristales y el pulimento de sus bronces. Un museo escolar necesita aparatos sencillísimos, en los que se pueda seguir, sin esfuerzo, la idea madre o el principio fundamental que motivó su creación o justifica su existencia. He asistido a una clase de física dictada por el profesor Felipe Fernández y he quedado asombrado de todo el provecho que sabe sacar un hombre de

talento de las cosas más simples y comunes, y de cómo, ante los cuarenta alumnos de su aula, con un prisma, una palangana y un rayito de sol descomponía la luz, dando no sólo una lección de física sino también una emoción estética.

A riesgo de fatigar al lector insisto en que un museo escolar debe ser un organismo vivo, en relación directa con los maestros y escuelas de la comarca. Todo lo que no tiene una aplicación inmediata está demás en un establecimiento de esta índole. Y es que debe quitarse a los museos escolares el carácter solemne y suntuario, que a veces han tenido, para convertirlos en organismo de labor sana y fecunda, seria y desinteresada.

Media docena de cajas que se llevan en un bolsillo pueden mostrar la metamorfosis del gusano de seda, y una colección de frasquitos la elaboración del petróleo, del aceite o del café. Es que la escuela debe ser transparente como la luz, partiendo de la base de que lo único que no se olvida es lo que se aprende fácil y alegremente, sin las torturas de las repeticiones o de las incomprendiones que desmoralizan al alumno y le hacen tomar fastidio al profesor y a los libros de clase.

Cada una de nuestras provincias debería tener un museo escolar. Esto ayudaría a conocer mejor el país porque cada museo prepararía su material en la misma región y tendría un intercambio continuo con los establecimientos análogos.

Y aquí, una pequeña indicación a nuestras casas editoras: el país no cuenta con láminas argentinas. Es necesario hacerlas. Si en una clase de *lecciones de cosas*, se quiere hablar del trigo, de la caña de azúcar, de la remolacha, de los materiales que usa cualquier obrero, de la evolución y transformación de un producto; si se quiere mostrar una montaña, un río, un lago, un mar, una pampa o un témpano debemos recurrir a ilustraciones extranjeras porque en el país no se han hecho jamás. Nuestros niños no han visto nunca un paisaje de Córdoba o Mendoza; en cambio conocen la naturaleza francesa, italiana o norteamericana. Se les muestra láminas en las que aparecen casas con techos puntiagudos, aleros con nidos de cigüeñas, chicos rubios y regordetes, calzados con zuecos de madera, que se arrojan pelotas de nieve mientras el padre o el abuelo, fu-

mando en la vieja pipa de marino, mira a un cielo sombrío y lejano, muy diferente de nuestro limpio cielo azul.

En la República hay siete u ocho mil escuelas; ¿ cómo es posible que esto no aliente a los impresores, considerado desde el punto de vista de las ganancias materiales, ya que no del sentimiento meramente argentino ?

Otra cosa que falta son las colecciones escolares de zoología y botánica argentinas. Hay millares de niños en la capital que no han visto jamás un ombú verde o una vizcacha viva, en cambio, conocen todas las especies de osos europeos y los tipos principales de los monos del Africa.

También nos faltan textos del tipo y estilo maravillosos de los alemanes o norteamericanos, que el niño ojea siempre con alegría. Hay ilustraciones de historia natural, vidas y costumbres de ciertos animales que son verdaderas obras de arte hechas con cariño, con inteligencia y con un alto concepto pedagógico.

A eso debemos tender nosotros, también, para no ser tributarios del mercado extranjero, en lamentables traducciones.

Todas estas obras deben ser fomentadas por los museos escolares.

Y en cuanto a las instituciones en sí, creo que cuanto se haga en favor de su desarrollo será un gran paso dado hacia adelante. Ya lo está probando el único museo que tenemos, el que a pesar de todas sus fallas, desempeña una función sumamente útil por el sólo hecho de facilitar, sin restricciones, el material de que dispone.

Entre estos elementos hay algunos muy valiosos como los de sus secciones geografía y lecciones de cosas. La sección fotografía tiene más de seis mil diapositivos divididos en ciento y tantas series, además de diez o doce mil postales y otros tantos negativos. Este material es enorme aun si se le compara con el que poseen otros establecimientos: el Museo escolar cantonal de Vaud tenía, en el año 1915, solamente nueve mil diapositivos. Y el último catálogo de este establecimiento, cabe en 16 páginas, comprendiendo en ellas un prólogo de dos, firmado por el entonces jefe del departamento de Instrucción pública, Camilo Decopet.

Finalmente, para terminar esta ya larga reseña acerca de

nuestro Museo escolar Sarmiento copiaré una página del libro en que diariamente se anota el material facilitado. Suprimo el nombre de los solicitantes y el de los establecimientos en que enseñan o aprenden, en homenaje a la brevedad :

Mayo 21 de 1921

Una lámina de historia argentina (Montes) : prestada por 3 días.

Una lámina circulación de la sangre : 5 días.

Dos bajo relieves en yeso : 10 días.

Una lámina, el manzano : 5 días.

Una lámina, avena : 4 días.

Cuatro cajitas con avena : 4 días.

Una monografía sobre la avena : 4 días.

Un loro embalsamado : 4 días.

Una lámina, el león : 4 días.

Una lámina sobre la extracción de la sal : 4 días.

Un frasco conteniendo sal común : 4 días.

Una lámina, el león : 5 días.

Un ejemplar de *La restauración nacionalista*, Rojas : 15 días.

Una lámina, la vaca : 8 días.

Una lámina, la jirafa : 6 días.

Una lámina, antílopes : 4 días.

Dos láminas, ciervos : 6 días.

Una lámina, el camello : 5 días.

Una lámina, el jabalí : 6 días.

Seis pesas varias : 1 día.

Una lámina, poleas : 1 día.

Un ejemplar minerales, mica : 6 días.

Un ejemplar minerales, feldespatos : 6 días.

Una lámina, el invierno : 10 días.

Una lámina, el pino : 3 días.

Una estrella de mar : 4 días.

Un erizo de mar : 4 días.

Una lámina, estrellas de mar : 4 días.

Una lámina, erizo de mar : 4 días.

Una lámina, tiburón : 4 días.

Una lámina, fauna marina : 4 días.

Una lámina, ave del paraíso : 3 días.

Una lámina, colibrí : 5 días.

Una lámina, loros : 3 días.

- Una lámina, avestruz : 2 días.
- Una lámina, pavo real : 2 días.
- Un nido de hornero : 5 días.
- Una lámina, canguro : 3 días.
- Una lámina, zarigüeya : 3 días.
- Un cráneo de carnívoro : 2 días.
- Una garra de puma : 2 días.
- Una lámina, perros : 3 días.
- Una lámina, lobos : 2 días.
- Una lámina, tigre : 5 días.
- Un ejemplar de mulita : 2 días.
- Un ejemplar de nutria : 2 días.
- Una lámina, la vendimia : 3 días.
- Una lámina, niños y perros : 3 días.
- Una muestra de cuarzo : 2 días.
- Una muestra de feldespato : 1 día.
- Una muestra de galena : 1 día
- Una muestra de blenda : 2 días.
- Una muestra de piedra pómez : 2 días.
- Una muestra de caolín : 2 días.
- Una muestra de granito : 2 días.
- Una muestra de mica : 2 días.
- Un buho : 3 días.
- Un cuadro historia argentina : 3 días.
- Cincuenta diapositivos, Egipto antiguo : 10 días.
- Noventa y cinco diapositivos, Buenos Aires antiguo : 10 días.
- Una monografía sobre la extracción de la hulla : 5 días.
- Una monografía sobre el cultivo del café : 6 días.
- Una monografía sobre la obtención del aceite : 8 días.
- Una monografía sobre la fabricación del chocolate.

El Museo está atendido por un director, un artista ilustrador, un maestro adscripto, siete empleados y tres personas de servicio.

Ahora, después de haber pasado en revista las actividades de este Museo, bosquejaré, a grandes rasgos, la tarea que realizan los otros, valiéndome, en casi todos los casos, de las publicaciones oficiales de los mismos.

Hasta el año anterior a la guerra, había en el mundo un centenar de establecimientos de esta naturaleza, aunque no todos

estuvieran únicamente dedicados a su función escolar, ya que, en muchos de ellos, esta función era una dependencia más o menos importante.

De estos museos había treinta y cuatro en Alemania, uno en Canadá, dos en Francia, dos en Inglaterra, seis en Suiza, uno en Portugal, uno en España, dos en Holanda, uno en Noruega, uno en Rusia, uno en Grecia, uno en Bélgica, uno en Bulgaria, uno en Dinamarca, diez en Austria-Hungría, uno en el Japón, dos en Italia, uno en Servia, uno en Chile, uno en el Brasil y otro en la República Oriental del Uruguay; el resto en Estados Unidos de Norte América.

Sin entrar a especificar el contenido de cada uno de ellos, lo que haría interminable esta exposición, puede decirse, de una manera general, que poseen, en todo o en parte, colecciones de los siguientes objetos o materias: higiene escolar (Agram, Graz, Viena, París, Amsterdam, Montevideo, Augsburgo). Colecciones de historia natural, preferentemente (Praga, Augsburgo, Dresde, Rostok, Sofía, Toronto, Magdeburgo, Londres, Köenigsberg.) Útiles escolares (París, Breslau, Hamburgo, Munich, Atenas, Sttugart, Kolberg, Madrid, Tokio, Génova, Roma, etc.) Historia de la educación (Agram, Francfort, Posen, Sttugart, Ginebra, Tokio, Lucerna, Zurich, Laussanna, Londres, etc.)

Naturalmente, estas indicaciones no son exclusivas y apenas dan una idea de especializaciones más o menos acentuadas porque todos ellos, además de las secciones indicadas, tienen otras a las que también se concede la debida importancia. Muchos, por ejemplo, tienen buenas bibliotecas destinadas, casi exclusivamente, a ciencias pedagógicas. El de París, cuenta con 72.000 volúmenes; el de Berlín, 35.000; Gotha, 10.000; Donaworth, 70.000; Hildeshein, 10.000; Sttugart, 68.000; Madrid, 10.000; Londres, 8300, etc. No todos estos establecimientos prestan al público su material. Entre los que tienen establecido este sistema merecen citarse: Agram, Viena, Augsburgo, Colonia Dresde, Kolberg, Atenas, Berna, Rostok, Amsterdam, Zurich, Vaud. El de Breslau tiene organizado un intercambio con establecimientos análogos. El de Viena distribuye láminas y mapas a las escuelas oficiales. El de Hamburgo adquiere aparatos para las escuelas. El de Tokio facilita, especialmente, elementos

de historia natural, etc. El número de visitantes de estos establecimientos es, asimismo, muy diferente: el más visitado era el de París (18.000 personas); Zurich (8.000); Amsterdam y Friburgo (4.000); Posen (3.500); Buda-Pest (3.000); etc.

Su costo mensual, en dólares : Munich, 1.694 ; Bruselas 2.479 ; Petrogrado, 11.334 ; Amsterdam 2.300, etc.

Por otra parte, no todos estos establecimientos pertenecen o dependen del estado. Hay muchos sostenidos por las ciudades y tienen así cierto carácter municipal : Innsbruck, Praga, Viena, Jena, Kiel, Cristianía, Lisboa, Danzig, Dresden, etc. Otros son sostenidos por estados o provincias : Toronto, Hamburgo, Oldenburg, Stuttgart, etc. Otros por la nación : Buenos Aires, Bruselas, Roma, Tokio, Londres, Petrogrado, París, Copenhague, Río de Janeiro, Santiago, etc. Otros por grupos o asociaciones de maestros : Jena, Leipzig, etc.

En cuanto a los catálogos no todos los tienen publicados (Viena, Bruselas, Toronto, Londres, Atenas, Ginebra, Belgrado, Berna, Laussanna) habiendo muchos que sólo los tienen manuscritos.

Estados Unidos tiene un crecido número de museos dependientes de sus universidades... La de California tiene un valioso material, que perteneció originariamente a la exposición de San Luis, cuyas autoridades entregaron después a la Universidad elementos de trabajo hecho por los alumnos, útiles y edificación escolar.

El museo de la Universidad de Clark, cuenta con un material análogo, más objetos hechos por los niños, en madera, bronce, estaño, papel, etc., dibujos escolares, mapas, diagramas e ilustraciones varias.

La Universidad de Harvard aunque no posee un verdadero museo, contiene una enorme cantidad de trabajos escolares realizados por los alumnos de la misma, etc.

Por creerlo absolutamente indispensable para los estudiosos que deseen ilustrarse en materia tan interesante, agrego aquí una lista bibliográfica que no aspira a ser completa dada la gran cantidad de publicaciones que se han hecho sobre la materia.

Es bueno agregar que todos o casi todos los museos del mun-

do envían datos informativos a quien lo solicite y que este servicio es admirable en algunos establecimientos de Suiza, Alemania y Estados Unidos.

Musée scolaire cantonal, Vaud, Lausanne, *Mémoire*.

Musée scolaire cantonal, Vaud, *Catalogue*.

Wood, J. G., *The Dulness of Museums*.

Winchel, N. H., *Museums and their Purposes*.

Le musée pédagogique. Publicación oficial del ministerio de Instrucción pública, Francia.

Ch. Defodon, *Le musée pédagogique*.

Brown Goode, G., *The Museums of the future* (traducido por el que suscribe y publicado en *El Monitor de la educación común*, Buenos Aires).

Victoria and Albert Museum, *General Guide of the Collections*.

Le musée pédagogique de Fribourg, Suiza.

Rapport du Musée pédagogique de Fribourg.

Murray, David, *Museums*, Glasgow.

Monroe, W. S., *Educational museums and libraries of Europe*.

Mayer, Alfred G., *The status of public Museums in United States*.

Eaton, J., *Museums illustrative of education*.

Flower, W. H., *Essays on museums and other subjects connected with Natural History*.

Manny, F. A., *A positive function of school museums*.

Jeffer, J. A., *Educational Museum*.

Las publicaciones del Musée pédagogique de París.

Jordán, Luis María, *La evolución de los museos*.

Jordán, Luis María, *Museos escolares*.

Baker, F. C., *The museum and the public school*.

Bumpus, H. C., *The museum as a factor in education*.

Huse, W. H., *A school museum*.

Gallup, A. B., *Children's museum as an educator*.

Hart, M. B., *Docentry*.

Kent, H. W., *Art museums*.

Mason, C. T., *The educational aspect of the United States national museum*.

Greenwood, Th., *Museums and art galleries*.

Frieze, T. H., *Museums*.

Cohklin, W. J., *The educational value of the public museum, etc.*

LUIS MARÍA JORDÁN,

Director del Museo escolar Sarmiento.